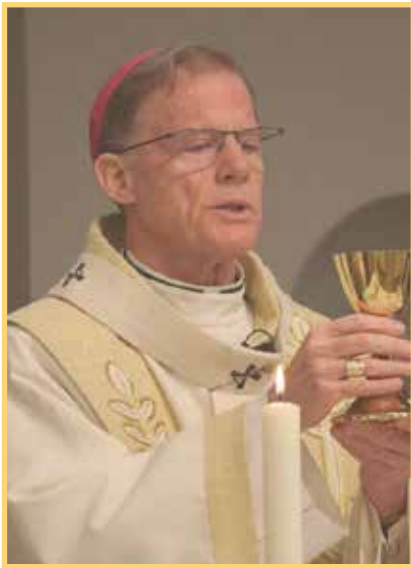


Permanecer en Cristo

La comunicación es comunión



Arzobispo John C. Wester

El Padre Eugene Konkel, PSS, era un querido amigo mío que era un maestro de las bromas y de los dichos ingeniosos. Uno de mis favoritos era: "El resultado inevitable de toda comunicación humana es un malentendido parcial". Recordé estas palabras del Padre Gene cuando leí sobre el enfrentamiento ocurrido entre un estudiante de bachillerato en una escuela católica, Nick Sandman, y un caballero indígena estadounidense, Nathan Phillips, en la Explanada Nacional en Washington, D.C. Se ha escrito en exceso para tratar de explicar el sentido de ese encuentro y no quiero añadir otra interpretación. Sin embargo, me parece que en esa situación hubo muchos malentendidos parciales. Lo que sea que los dos querían comunicar no parecía estar llegando a ninguno de los dos, ya que permanecían encerrados en una nube de aparentes malentendidos. En mi época de joven seminarista, solíamos citar un axioma escolástico para describir tales situaciones: "Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur" (Lo que se recibe se recibe según el modo del receptor). El famoso poeta escocés, Robert Burns, lo expresó de otra manera: "Oh, ¿nos daría algún poder el regalo de vernos como nos ven los demás?".

La complejidad de la comunicación humana me

trae a la mente la importancia de desarrollar un oído atento y auténtico. Ya sea en los periódicos o en las redes sociales, vemos evidencia de una constante charla, pero no parece que se esté escuchando mucho. Los insultos, los estereotipos, los prejuicios, la intolerancia, las diferencias culturales, los celos, la ira y el egocentrismo ponen enormes obstáculos en el camino de la comunicación fluida. Nos dificultan que escuchemos realmente lo que la otra persona está diciendo. Escuchar realmente exige que salvemos esos obstáculos y le prestemos a la otra persona nuestra atención plena y desinteresada, mostrándole un interés genuino y un deseo de comprender profundamente lo que está diciendo. Esto no significa que al fin y al cabo estaremos de acuerdo con lo que se esté diciendo, pero sí que estaremos dispuestos a aprender, a crecer y a profundizar en la apreciación de otro punto de vista. Esta es una tarea realmente exigente.

Me parece que la mejor manera de desarrollar la habilidad y el arte de escuchar activamente es observar cómo Cristo escuchó a los demás, especialmente a su Padre. Después de todo, Él es la última Palabra hablada por Dios. ¿Qué mejor manera de aprender a escuchar que abrirle nuestros oídos y nuestro corazón a Cristo, a la Palabra que tiene el poder de darnos vida eterna? Tomemos por ejemplo el encuentro entre Jesús y la mujer samaritana en el pozo que se relata en el Evangelio de Juan (Jn 4, 5-22). Esta conversación ilustra la manera en que debe escuchar el cristiano, la cual puede llevar al lector orante a prestarle la debida atención a la Palabra.

Lo que me impresiona primero en este hermoso pasaje del Evangelio es que Jesús escuchó profundamente. Fue más allá de las palabras superficiales de la mujer y se ocupó de lo que estaba pasando dentro de su corazón. Él escuchó su angustia, su tristeza, la dificultad de su vida. Fue más allá de sus palabras y sin duda vio grabadas en su cara las líneas de preocupación y preocupación. Le dio tiempo para que conversara y expresara lo que ella tenía que decir. Permitted que cada nueva oración le llevara a un entendimiento más profundo de lo que ella realmente quería. Cuando leo este pasaje, a menudo me siento avergonzado al darme cuenta de que muchas veces tengo tanta prisa o estoy tan absorto en mis múltiples pensamientos que no les doy a los demás el tiempo que necesitan para comunicarse. O bien, puedo optar por permanecer

en un plano superficial porque no estoy de humor o simplemente estoy demasiado cansado para adentrarme en algo profundo. Cuando le pregunto a una persona: "¿Cómo estás?" En realidad no estoy buscando una respuesta genuina, sino más bien una simple: "Bien, gracias", para que pueda yo seguir con mis asuntos. Jesús le dio tiempo a la mujer samaritana, mucho tiempo, y le prestó su total atención. Allí hay mucho en qué pensar.

Se me ocurre que escuchar de esta manera implica una verdadera humildad, el tipo de humildad que Jesús mostró cuando entabló una conversación con la mujer samaritana. Por un lado, sería inaudito que un hombre hablara con una mujer desconocida en público, y mucho menos en el pozo de agua, donde no se permitía que las mujeres estuviesen presentes, excepto a primera hora de la mañana o a última hora de la tarde. Es por eso que Juan especifica que la hora de la conversación era alrededor del mediodía. Se nos dice que los discípulos se sorprendieron mucho al encontrar a Jesús hablando con una mujer en tales circunstancias. Por otra parte, Jesús era un rabino, un maestro respetado y venerado que no se esperaba que dedicara el tiempo necesario para entablar conversación con esta mujer. Además, sería muy poco probable que un hombre judío hablara con un samaritano debido a las tensiones entre las dos culturas. Pero Jesús trascendió todas estas costumbres y con humildad escuchó atentamente lo que la mujer samaritana tenía que decir. La humildad es un componente clave para escuchar con la debida atención. Muchas veces me he dado cuenta de que no he estado escuchando a la otra persona, sino simplemente esperando a que deje de hablar para poder plantear mi punto de vista, defender mi posición, promover mi rectitud o defender mi honor. Cuando nos enfocamos solamente en las propias preocupaciones, es bastante difícil prestarle la debida atención a lo que dice otra persona, en cualquier nivel. Es necesario hacer acopio de verdadera humildad para ponerse en segundo lugar y centrar la atención en la persona con la que se está hablando.

Desarrollar un sentido de humildad para escuchar con mayor eficacia no significa quedarse fuera de la conversación. Mientras Jesús concentra su atención en la mujer samaritana, Él continúa tratando de ayudarla a encontrar lo que ella está buscando. Prestar atención a otra persona no significa aparentar que se está escuchando activamente y murmurar "¡Ajá!" y "Sí, ya veo"

Su misericordia perdura para siempre

de vez en cuando. Más bien, significa compartir los sentimientos, los deseos y la sabiduría. En el caso del Evangelio, Jesús ofrece su propia vida por la mujer samaritana al comunicarle que Él es un manantial de agua que da vida. Escuchar debidamente significa seguir el ejemplo de Jesús y reaccionar generosamente hacia los demás mientras le prestamos atención a lo que hemos escuchado. Pienso que esto apunta a lo que Thomas Merton quiso decir cuando indicó: "El nivel más profundo de comunicación no es la comunicación en sí, sino la comunión. No tiene palabras... más allá del habla... más allá del concepto."

Ofrezco estas breves reflexiones con la esperanza de que todos nosotros podamos tratar de prestarle más atención a lo que oímos. Hay tantos temas que acaparan nuestra atención en estos días: la crisis del abuso sexual en la Iglesia, la inmigración, el aborto, el suicidio asistido, las rivalidades políticas, y muchos más. Es esencial que nos escuchemos realmente unos a otros. Escucharnos mutuamente no significa que comprometamos nuestros valores o abandonemos nuestras creencias más profundas. Significa, más bien, que trataremos de comprender mejor el punto de vista de la otra persona y que nos esforzaremos por lograr la unidad en medio de nuestra diversidad. Significa que al comprender más plenamente la postura de otra persona, se nos facilitará abrazar nuestros propios puntos de vista con mayor claridad y estaremos más dispuestos a crecer e incluso a modificar algunos aspectos de nuestra manera de pensar si así nos lo pidiesen. Quien escuche activamente y con atención nunca tendría que temerle a la verdad.

Me acuerdo de la historia de un matrimonio que estaba teniendo una discusión. En un momento dado, el marido, en un ataque de ira, se refirió a su esposa empleando un término nada grato y procedió a salir de la habitación. Antes de que llegara a la puerta, ella le preguntó: "¿Me has dicho eso porque me quieres o porque querías hacerme daño?". El marido respondió: "¿Qué clase de pregunta estúpida es ésta?". Un día después, en la mesa del desayuno, el marido le dijo a su mujer: "Ayer me hiciste una pregunta y no te la contesté. La verdad es que quería hacerte daño y lo siento. Te amo." Fue en ese momento cuando realmente comenzaron a comunicarse.

Jesús nunca evitó el trato con la gente ni hablarles de corazón a corazón: Cor ad cor loquitur [El corazón habla al corazón], como dice el lema del cardenal John Henry Newman. Tal vez sea cierto que nuestra comunicación humana se presta a malentendidos parciales, pero al seguir el ejemplo de Cristo y rogarle que bendiga nuestras conversaciones, hay maneras de buscar mejores resultados, de entendernos mejor los unos a los otros y de profundizar los lazos que nos unen.

Recuerdo que cuando era niño me dijeron que había una razón por la cual Dios me dio una boca y dos oídos. Esa simple verdad quizás no sea muy profunda, pero podría ayudar mucho a aclarar todo ese malentendido parcial.

Sinceramente suyo en el Señor,

John C. Wester

Arzobispo John C. Wester